

fundacion se atribuye á la mujer de nuestro rey Ataulfo. Muchos arqueólogos é historiadores niegan el hecho; pero la tradicion señala hasta el sepulcro que encerró las cenizas de Placidia.

San Nazaro Grande, erigida por San Ambrosio sobre un teatro gentil, y *San Stéfano in Broglio*, edificada por San Estéban en el siglo V, merecen del mismo modo, como vestigios de las artes bárbaras, todo el respeto y toda la admiracion del viajero.

Las iglesias del renacimiento, que tanto abundan en Milan, son alegres, brillantes, lujosas como las habitaciones destinadas á saraos y festines en los palacios reales. El oro y el mármol relucen por todas partes. La pintura, la escultura y la arquitectura agotan todos los medios de lucir sus encantos, con tal de hermoear la casa de Dios; y la verdad es (á mi juicio) que no logran sino profanarla.

La luz del sol refleja en los dorados capiteles de las columnas corintias, en los frescos de las cúpulas, en el bronce de los pedestales, en los mármoles bruñidos.—La riente hermosura que resulta de esto, es demasiado mundana.—*San Alejandro y la Madona di San Celso* son las que brillan mas por semejante estilo.

En cuanto á las iglesias de arquitectura gréco-romana, lo mismo podrian servir para teatros que para bolsas, para templos de Vesta que para academias ó liceos.—Su belleza es puramente artística.

Réstame consignar que unas y otras deben visitarse aunque solo sea como museos de pintura. Luini, Ferrari, Crespi, Lodi, Borgognone y otros grandes artistas han dejado en ellas sus mejores obras.—En este sentido recomiendo á *San Maurizio il Maggiore* y á *San Giorgio in Palazzo*.

De camino que he recorrido todos estos templos, situados en opuestos estremos de Milan, he visto la ciudad entera, asi los barrios elegantes como los habitados por la plebe.

En todos ellos he pasado á la puerta de seculares palacios, notables unos por su bella arquitectura, y otros por los históricos nombres que llevan.

Pero el lugar que mas me ha impresionado, á causa del sello de antigüedad que conservan todos los edificios, es la *Piazza dei Mercanti*, verdadero centro del Milan de todas las épocas, foco de los motines, emporio del comercio, mentidero público, asiento de la Bolsa y atrio del palacio de la *Ragione*, construido para servir de asamblea al *Consejo de los ochocientos*, cuando Milan era república independiente.

En otras plazas he visto fuentes públicas bastante graciosas, pero no tan bellas como las puertas de la ciudad, entre las que merecen especial mencion la *Porta Orientale* y la *Porta Romana*.

Esta última es un arco de triunfo, levantado para celebrar la entrada de Margarita de Austria, mujer de Felipe III de España, en la ciudad de Milan, cuando la ciudad de Milan era una capital de provincia dependiente de Madrid, como hoy Palma de Mallorca.

Finalmente, he pasado una media hora en la *Biblioteca ambrosiana*,

donde he visto muchos libros, mas de 100,000; pero no he abierto ninguno.

En cambio he leído varias cartas de amor, originales de Lucrezia Borgia, dirigidas al cardenal Bembo.—Una de ellas dice: *Ahí te envío, mi bien amado, algunos de estos mis cabellos que tantas veces elogiaste...*

Al llegar á este punto, dióme la humorada de preguntar al bibliotecario:

—¿Y los cabellos?

—Arriba los verá usted, me respondió este con la mayor seriedad.

Y en efecto, en una galeria de objéto preciosos que hay sobre la biblioteca, enseñáronme despues, al través de un cristal, un hermoso rizo de cabellos rubios perfectamente conservados.

Ya no hay mujeres como Lucrezia Borgia.

Mujer temible se llama hoy á aquella que devora la *fortuna* de los hombres...

¡Hasta el crimen se ha empequeñecido entre nosotros!

La contemplacion de los cabellos muertos de una mujer que fue muy hermosa y muy enamorada, conmueve siempre á los hombres *bien-nacidos*... ¡Comprendo que se guarde con tanto cuidado el pelo de aquella Magdalena impenitente!—Pero esto no es escribir: esto es pecar.—Yo me arrepiento de lo que acabo de decir, no sin dolerme de no haber sido víctima de aquella mujer de cuatro maridos.

Lucrezia Borgia, Margarita de Valois y María Stuardo serán siempre compadecidas... ¡Ellas amaron mucho!...—Mas dejemos esto.

Desde la *Biblioteca ambrosiana* fui en busca de mis nuevos amigos del hotel, el prusiano H. de V.—y el español duque de U.—, con quienes estaba citado, y nos marchamos juntos á visitar los cementerios, como buenos cristianos que somos (el prusiano es protestante), y como víspera de difuntos que ha sido hoy.

Los cementerios de Milan son muy sencillos. Redúcense á estensos bosques de cruces de madera.

En ellos habia muchísima gente arrodillada, rezando, llorando ó cantando psalmos mortuorios. Todos tenian la cabeza descubierta. Nadie comia castañas ni otra cosa alguna.

Yo recordé nuestros cementerios de Madrid, y la sacrilega romería que va á ellos todos los años, en son de fiesta, á conmemorar los difuntos, y encontré que en Milan se trata á la muerte mas cristianamente que entre nosotros.

Pero esta compuncion era del público; no del gobierno.

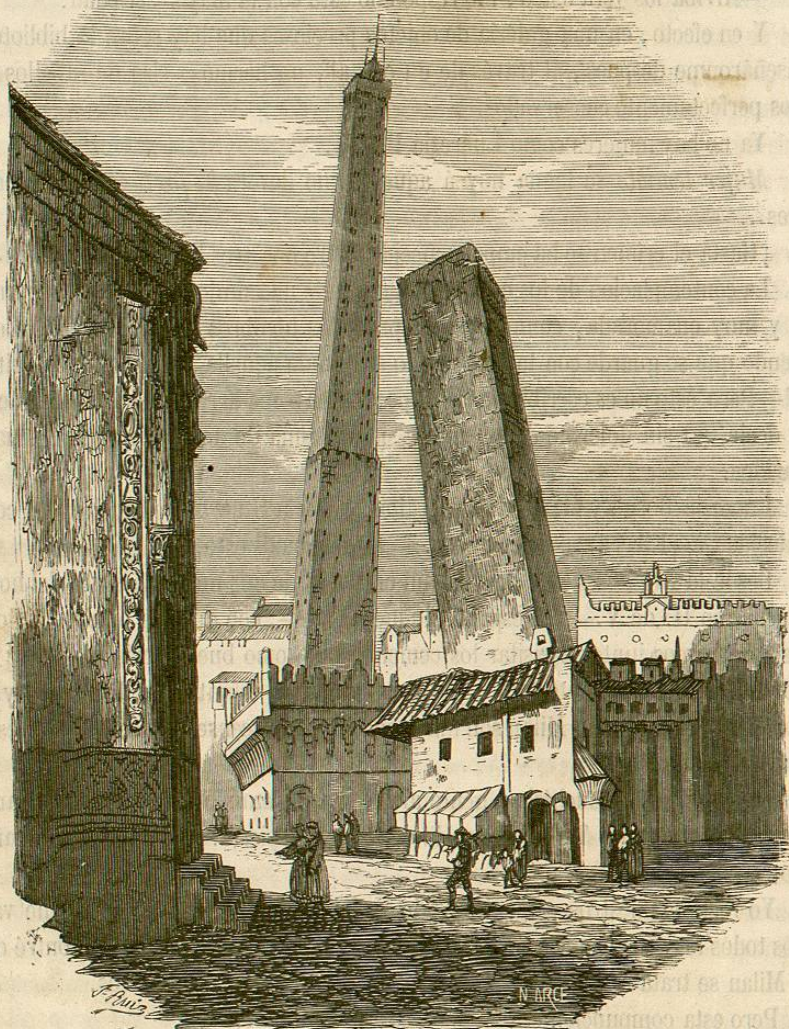
El gobierno ha permitido que esta noche haya funcion en los teatros.—No es que yo proteste contra semejante tolerancia.—Solo consigno el hecho.

Y estoy tan lejos de protestar, que en este momento vengo del teatro.

Dos funciones interesantes se daban esta noche: la una era en el *teatro Ré*, donde se estrenaba el drama nuevo titulado: *El desembarco de Garibaldi en Sicilia*; y la otra, en el teatro de *San Redegonda*, donde se representaba: *Daniel Manin ó Venecia en 1848*.

Yo elegí este último, y el duque y el prusiano fueron de mi opinión.

En el teatro de *San Redegonda* cuesta un palco *d'ordine nobile* (esto es, la localidad mas cara que puede tomarse), la cantidad de 3 francos, comprendidas tres entradas.—Y sin embargo, ni el coliseo, ni la compañía ni el público eran



Bolonia.—Las Torres inclinadas.

de la última clase.—Ya os he dicho que el teatro para los italianos no es un artículo de lujo, sino de primera necesidad.

En cuanto al drama, escrito últimamente para escitar el amor y la compasión á la misera Venecia, tiene la fuerza de un millon de caballos.—En él se habla del rey de Nápoles, llamándole simplemente el *rey Bomba*; en él se trata á

Pio IX de una manera lamentable; en él se nombra á Cavour, á Garibaldi, á Victor Manuel, al emperador de Austria, á Radetzky y á otros muchos persona-



Vista de Venecia.

jes que andan por el mundo; en él hay *vivas* y *mueras*, himnos, cañonazos, policía austriaca, motines populares... todo lo que puede encender la sangre de las masas.

El personaje mas interesante, despues del defensor de Venecia, es un inglés, partidario de la independencia y de la unidad de Italia.

El último acto sucede en París.

Manin, devorado por el amor patrio, por el dolor de ver sufrir bajo el yugo extranjero á la hermosa ciudad que creyó un día hacer libre, y por la mas melancólica *nostalgia*, se encuentra moribundo.

En el momento de espirar, otórgale Dios la vision de lo porvenir, y presencia la emancipacion de una y otra ciudad de Italia; y ve á Roma en un trono; y en torno suyo á Turin, Milan, Florencia, Nápoles, Palermo, Parma, Boloña, Módena... amorosamente agrupadas.

Todas estas ciudades eran representadas por otras tantas actrices, que daban forma corpórea á las imaginaciones del agonizante patricio.

Cada una llevaba la bandera y los atributos de su pasada historia, y los deponia á los pies de la capital de la península.

Era la alegoría de la unidad italiana.

Sin embargo, el canto de triunfo no se entonaba.

—¿Y Venecia? preguntaba *Manin*...

¡Y nadie respondia!—Venecia yacia aun en triste servidumbre.

Entonces óyense remotos cañonazos, rumor de espadas y gritos de agonía...
—Todos tiemblan...

Pero hé aquí que por último estalla el himno de *victoria*... el ansiado canto de triunfo... y aparece en escena una mujer pálida, vestida de negro, llevando en la mano un estandarte hecho girones...

¡Es Venecia!

¡Venecia, que acaba de emanciparse y que se prosterna á los piés de Roma, concurriendo á formar con todas sus hermanas el que por tanto tiempo se ha llamado *soñado reino*!

Os lo diré con franqueza. Este final de un tan ridiculo drama, tenia algo de sublime. Aquella alegoría estaba bien imaginada. El asunto era noble y digno... la causa de Venecia, justa... el entusiasmo de los actores indescriptible...

Asi es que el público lloraba y aplaudia.—¡Venecia! ¡Venecia! gritaban mas de mil voces.

Los músicos de la orquesta se habian puesto de pié, y tocaban vueltos de cara á los espectadores, á fin de manifestarles su emocion de este modo...

¡Hasta nosotros aplaudimos sin darnos cuenta de ello!

Todavía no sé qué pensarán de los recientes acontecimientos en los demás pueblos de Italia; mas por lo que he visto en Milan desde que puse en él la planta hasta este momento, me atrevo á decir que la anexion de la Lombardia al Piemonte ha sido el deseo y el voto de todos los milaneses; que no existen entre el Po y los Alpes elementos algunos de reaccion, y que, por el contrario, la opinion pública, la opinion unánime, empuja á Victor Manuel á ultimar su obra, liberando á Venecia y estableciendo su córte en Roma. La gratitud de los lombardos á los piemonteses solo puede compararse á su odio á los austriacos; y su devocion y religiosidad son tan fervientes como profunda es la antipatia que les inspira el

gobierno de los Estados Pontificios. Todas las personas con quienes hablais; desde el eclesiástico al militar; desde el prócer al mendigo; asi el pobre obero, á quien *examinais* para entretener los ocios de una caminata, como el escritor y el artista cuyas obras se ven espuestas en la calle; lo mismo el rico comerciante, que el mozo de café, distinguen y separan perfectamente á Pio IX, representante de Jesucristo en la tierra, de Pio IX, rey de Roma; y aman y respetan al primero, tanto como combaten al segundo.

Al salir del teatro he reparado en que la luna empieza á menguar; y como yo tenga empeño de entrar en Venecia de noche, en góndola y con luna, he decidido partir mañana mismo.

Nada me resta que ver en Milán.

Segun estaba tratado, H. de V. me acompañará hasta Verona, donde yo haré noche y permaneceré pasado mañana casi todo el día.

El me esperará en Venecia, en el *Hotel d'Europe*.

De Verona á Venecia se va en poco mas de cuatro horas.

Asi, pues, pasado mañana á la noche dormiré al blando arrullo de las lagunas, en el seno de la reina del Adriático.